



Ciencia y fe en la Cueva de Altamira

El 1 de abril se estrenó *Altamira*, una película sobre el descubrimiento, en 1879, de unas magníficas y sorprendentes pinturas prehistóricas en esa cueva cántabra por el arqueólogo aficionado Marcelino Sanz de Sautuola y su hija María. La película recupera un interesante episodio poco conocido de relaciones ciencia y fe.

La sinopsis oficial relata las acusaciones de falsificación por el principal prehistoriador de la época, Émile Cartailhac. No menciona la polémica religiosa, aunque el cartel de la película tiene de fondo la malévola mirada de un clérigo que en el tráiler organiza una oposición religiosa a Sautuola. La película resulta ser más equilibrada, dando cabida tanto a la polémica religiosa como a la científica.

Crónica de un descubrimiento espectacular

La película refleja la historia del descubrimiento que ocurrió en varias fases: primero un campesino dio con la cueva, luego Sautuola la exploró, posteriormente realizó nuevas visitas inspirado por los objetos prehistóricos que vio en la Exposición Universal de París (1878) y, finalmente, su hija le indicó la existencia de animales pintados en el techo.

Sautuola no era paleontólogo profesional, sino miembro de la burguesía acomodada santanderina. Pero tenía estudios universitarios (Derecho), pasión por las ciencias naturales y había sido nombrado en 1866 correspondiente de la Academia de la Historia.

Aquel descubrimiento se salía de todo lo conocido, y Sautuola escribió a Juan Vilanova y Piera, catedrático de Paleontología de la Universidad de Madrid, y máxima autoridad española en la prehistoria. Al año siguiente, Sautuola publicó *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*, donde argumentaba que pertenecían al paleolítico.

Las iniciales felicitaciones pronto se tornaron primero en desconfianza y luego en acusaciones de fraude entre la comunidad internacional de prehistoriadores. Ya en 1880, Vilanova había dicho que las pinturas "Son únicas en su género [...] han de motivar serias y tal vez apasionadas discusiones, no siempre inspiradas en el amor a la verdad". Aunque Sautuola siempre tuvo el apoyo de Vilanova, para 1886 las pinturas de Altamira habían quedado olvidadas de nuevo, al no considerarse lo suficientemente "bárbaras" como para ser paleolíticas.

¿Por qué fueron tan polémicas esas pinturas? Veamos el contexto del debate que tuvo lugar en ese momen-

to sobre la historia del mundo y los orígenes de la humanidad.

Contexto científico

Por un lado estaba el *fijismo* tradicional, con un mundo de unos pocos años y un origen único espacio-temporal para todas las especies, incluyendo el ser humano (tras el diluvio de Noé). Era lo que defendía Linneo en el siglo XVIII.

Sin embargo, a finales del s. XVIII la Geología ya había descubierto que la historia de la tierra y la vida era muchísimo más antigua, y entendía ésta jalonada por grandes catástrofes (la última habría sido el diluvio) que habrían requerido 're-creaciones' de especies (explicando así también la aparición de organismos de mayor complejidad en el registro fósil con el tiempo). Así surgió el *catastrofismo*, defendido por Cuvier.

A principios del siglo XIX Lyell promovió el *gradualismo*, que restaba importancia a las catástrofes y consideraba que los mecanismos de la naturaleza habían sido siempre los mismos. Los seres vivos habrían aparecido en 'centros de creación', separados en el tiempo y el espacio.

En contraste con estas posturas 'creacionistas' que consideraban que las especies permanecían inalteradas desde su creación, Lamarck propuso el *transformismo*, una forma antigua de evolucionismo de principios del siglo XIX que defendía que las especies variaban para transformarse en nuevas especies.

Finalmente, el *darwinismo* veía la evolución de la vida en forma de 'árbol de la vida' que arrancaba de una única forma de vida original o de unas pocas salidas de las manos del Creador. Darwin publicaría esta idea en *El origen de las especies* (1859), para luego aplicarla al ser humano en *El origen del hombre* (1871). Sin embargo, todavía existían muchas lagunas en la evolución humana: se habían descubierto huesos de Neanderthal; pero se tenían por un espécimen humano raquíptico o enfermo.

Relaciones ciencia y fe en el siglo XIX

La forma más común de relacionar ciencia y fe durante los siglos XVIII y XIX, siguiendo una antigua tradición cristiana, era el concordismo: defendía la idea de los 'dos libros', es decir, que siendo Dios creador no solamente hablaba por medio de la Biblia, sino que también lo hacía en la naturaleza. Nos es difícil imaginar ahora el estímulo y apoyo que ello dio a científicos como Galileo, Kepler, Boyle o Newton.

Así pues, se pretendía armonizar

lo que se encontraba en la Biblia y en la Naturaleza. Pero las cosas se complicaron cuando en el siglo XVIII se descubrió que la Tierra podía tener millones de años. Para el concordismo los seis días del Génesis 1 se convirtieron en eras geológicas. Este esquema se amoldaba al catastrofismo, y se aplicó incluso a la evolución y la aparición progresiva de plantas, animales y humanos. Mucho de todo esto lo realizaban científicos que eran también cristianos.

En España, solo con la expulsión de Isabel II en 1868 se abrieron las puertas a estos debates. Las condenas de científicos como Rafael García Álvarez (1872) y Gregorio Chil y Naranjo (1876) por parte de los arzobispos de Granada y Canarias respectivamente ejemplifican la primera reacción al debate. Todavía en 1895 se incluían en el *Índice* de libros prohibidos obras científicas de Odón de Buen en Barcelona. A estos enfrentamientos no ayudaban los anticlericales, que deseosos de atacar a la iglesia católica a cualquier precio, no dudaron en usar la evolución en sus versiones más simplistas y populares. Así, desafortunadamente, un debate científico se convirtió en religioso.

Los teólogos mejor informados abandonaron el conflicto por toda Europa. En el catolicismo español eso llegó inicialmente con científicos como Vilanova, y en las dos últimas décadas del siglo también se extendió a algunos clérigos relevantes, como el cardenal-arzobispo de Sevilla Zeferino González (1831-1894) o el dominico y científico Juan González Arintero (1860-1928). Partiendo ambos de posturas opuestas a la antigüedad del ser humano o a la evolución, adoptaron después posturas más aperturistas.

El debate sobre el 'hombre primitivo' en la España del siglo XIX

La situación en España estaba dominada por tres posturas. El campo más conservador de la iglesia católica mantenía posturas fijistas y rechazaba que hubiese nada más antiguo que unos pocos milenios. En contraposición el evolucionismo imaginaba al ser humano ascendiendo lentamente desde un estado animal. La mayoría de evolucionistas imaginaba el ascenso rigurosamente lineal: a cada época le correspondía un nivel de desarrollo (sin posibilidad de aceleración o estancamiento) y los paleolíticos solamente podían tallar piedras y dibujar toscos grabados en piedras o huesos. Junto a ellos, algunos evolucionistas tenían una postura más abierta.

Entre medias había personas como Vilanova, catastrofista, católico mode-

rado y concordista. Rechazaba la evolución, que no consideraba suficientemente probada, pero defendía la antigüedad del 'hombre primitivo' prehistórico y no tenía inconveniente en aceptar que tuviese dotes intelectuales/artísticas equiparables a las nuestras.

¿Hubo conflicto ciencia y fe en Altamira?

La propuesta de Sautuola, que el 'hombre primitivo' pudiera hacer no solamente piedras talladas sino también las maravillosas pinturas de Altamira, irritaba tanto a los fijistas y conservadores católicos como a los evolucionistas. A pesar del apoyo de Vilanova, y algunos evolucionistas dispuestos a encajar los nuevos descubrimientos, lo que condenó el hallazgo de Sautuola no fueron críticas religiosas, sino el rechazo público de Cartailhac y otros evolucionistas radicales a aceptar que el 'hombre primitivo' pudiera hacer semejantes obras de arte. Prefirieron considerarlo una falsificación moderna hasta la retractación de Cartailhac en 1902.

El intento de la película por convertir la polémica sobre Altamira en un debate ciencia y fe, y la presentación de Sautuola como un agnóstico y escéptico que ha perdido la fe cristiana, es un tópico que ignora que en este caso, como en tantos otros, no se pueden hacer alineamientos simplistas: creyentes frente a no creyentes, españoles frente a extranjeros, creacionistas frente a evolucionistas, etc. Hubo defensores y detractores de las pinturas en todos esos grupos. La historia siempre es más compleja de lo que algunas reconstrucciones simplistas querían.

Ahora sabemos que las pinturas eran auténticas, y que los pintores de Altamira eran muy parecidos a nosotros, dado que en términos evolutivos 15.000 años son un suspiro. Y eso ni destruye la ciencia ni la fe cristiana.

Pablo de Felipe

Doctor en Químicas-Biología Molecular

Web: <http://www.cienciayfe.es>

Pablo de Felipe es profesor de ciencia y fe en la Facultad de Teología SEUT (Madrid) y director del Centro de Ciencia y Fe de dicha facultad. Doctor en Biología Molecular por la Universidad Autónoma de Madrid, ha trabajado en las aplicaciones médicas de la biotecnología, en particular para la terapia génica del cáncer. Es editor de la colección Ciencia y Fe de la editorial Fliedner Ediciones (www.fliedner.es).